

ARMANDO PEGO PUIGBÓ

**POÉTICA
del MONASTERIO**



Armando Pego Puigbó

Poética del monasterio



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 108

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-120-5

Depósito Legal: M-24347-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

INVITATORIO	9
Lectura y Escritura.....	9
El libro-monasterio	11
Una pausa: la Belleza en la Caída	14
Medievo y Modernidad	16
¿Qué monasterio funda una poética?.....	19
¿Qué poética funda un monasterio?	22
Antífona.....	27
I. <i>IN NOMINE SPIRITUS</i>	31
Don Quijote, místico	31
Lección y contemplación.....	33
Las potencias del alma	36
La memoria olvidada.....	38
Glosa y creación	40
Leescribir el intertexto	43
II. LA PALABRA Y LA CARNE.....	49
El hogar incendiado	50
La escuela en fuga.....	76
Desde la celda en ruinas.....	101

III. LOS UMBRALES DE TROYA	127
Troya y Moriá en la ruta de Occidente.....	127
Eneas y Odiseo en el ultramundo	131
Rut y Telémaco tras el exilio	139
Éxodo y Anábasis: ¿el fin de la cultura humanista?	149
IV. EN VASIJAS DE BARRO.....	161
Siete apólogos	161
Diapsálmata.....	170
V. DESPUÉS DEL EDÉN	181
Una modernidad olvidada.....	181
¿Recobrar el sentido espiritual del «monasterio»?	190
VI. LA SOLEDAD SABÁTICA	201
La alegoría del sábado.....	201
Entre Benito y Boecio, la Regla y el Destino	209
Una estética de la (des)esperanza.....	215
La celda de san Bernardo.....	222
VII. AMÉN	237
El monasterio-libro	237
El cronotopo monástico	244
La última profesión	250
LETANÍAS FINALES	255
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	257

Vamos a instituir, pues, una escuela del servicio divino. Y, al organizarla, no esperamos disponer nada que pueda ser duro, nada que pueda ser oneroso. Pero si, no obstante, cuando lo exija la recta razón, se encuentra algo un poco más severo con el fin de corregir los vicios o mantener la caridad, no abandones en seguida, sobrecogido de temor, el camino de la salvación, que forzosamente ha de iniciarse con un comienzo estrecho. Mas, al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios. De esta manera, si no nos desviamos jamás del magisterio divino y perseveramos en su doctrina y en el monasterio hasta la muerte, participaremos con nuestra paciencia en los sufrimientos de Cristo, para que podamos compartir con él también su reino. Amén.

(Regla de san Benito)

INVITATORIO

*Domine, labia mea aperies.
Et os meum annuntiabit laudem tuam.*

Lectura y Escritura

De Nicolás Maquiavelo suele citarse, como expresión altísima y derrotada de una conciencia humanística, la confianza que anota en una famosa carta a su amigo Francesco Vettori. Al finalizar el día, tras haber mantenido conversaciones ociosas en el bosque y la taberna, el desengañado secretario de la Señoría florentina se preparaba largamente para acudir en su despacho a la lectura de los antiguos autores griegos y romanos. Mudaba su ropa llena de lodo por las mejores galas que conservaba de cuando servía a los Príncipes de este mundo. «No siento durante cuatro horas de tiempo ningún tedio, olvido toda preocupación, no temo a la pobreza, no me ocasiona pavor la muerte, y todo yo me convierto en ellos»¹.

Tres siglos antes en su *Apología al abad Guillermo* san Bernardo de Claraval se escandalizaba de que, a diferencia de los Padres del Desierto, los monjes ya no se reunían ni tan siquiera para celebrar el banquete eucarístico, sino para festejar sus apetitos. «Nadie conversa sobre las Escrituras, ni se alude para nada a la salvación del alma. Todo se reduce a chistes y frivolidades, risas y palabras que se lleva el viento»².

¹ Nicolás Maquiavelo, *Epistolario privado*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, pp. 208-209.

² San Bernardo, *Obras Completas I. Introducción general y Tratados*, BAC, Madrid 2016, p. 239.

Nuestra época parece vivir atrapada entre la añoranza idealizada de un humanismo derribado en todos los países occidentales a golpe de piqueta por sucesivas modas pedagógicas y leyes educativas que quisieran dismantelar, por olvido o por censura, hasta el último vestigio de la civilización occidental. Encausada como culpable de todos los crímenes y errores de una humanidad que, entregada al victimismo y al adanismo más desenfrenado, niega simultáneamente que vive bajo el peso del único tema que, por teológico, es políticamente relevante: la Caída.

No por esgrimir las supuestas consignas de la transparencia, la realidad de nuestro mundo resulta menos oscura y autosatisfecha. Gira entre una proliferación infinita de recursos no solo visuales, como normalmente se le reprocha, sino también escritos. Son reproducidos a través de los más diversos medios digitales y amplificados por las redes sociales. Aunque nada parezca preludiarlo, precisamente por ese ahogo que provoca la metástasis de los más variados productos editoriales y académicos, necesitaría recuperar el sentido del ejercicio espiritual de la lectura. Tal fin requeriría algo al menos tan exigente como esta tarea. Cabe con urgencia meditar y practicar un sentido renovado del acto de la escritura que teje la trama de nuestras vidas. Ni mucho menos bastaría retomarlo en su sentido meramente individual, sino que toca, sobre todo, restablecer el tapiz comunitario, en relación con nuestros contemporáneos que no son solo aquellos que publican a cada instante en este presente, sino sobre todo con aquellos que han acompañado a través de la historia de nuestra cultura el *presente* desde el que podemos leer.

El escritor cristiano, tan inclinado a la apologética, debería así recordar la figura de quien se acercaba al escritorio como al coro: revestido de la cogulla de un antiguo oficio litúrgico y sacramental.

En la alabanza y en la acción de gracias, en el lamento y en la intercesión, ese escritor deberá rescatar del olvido una luz tenue e inextinguible. Fija la atención en el estudio de la verdad de sus creaciones, con el afán de cada día, pobre y desnudo, ante las letras de una cultura que de tan compartida es suya, se dispondría a

rehacer y no a remendar lo imposible: la túnica rasgada de aquella Tradición inconsútil y casi desvanecida en sombra, en humo, en nada desde hace más de doscientos años...

Escribimos como leemos. La escritura es el modo con que los hombres llevaban a cabo la lectura de sus deseos. De nuestras carencias. La escritura era una oración. Elevaba la mente a Dios para que Él leyese lo que había escrito en el libro de su Creación. Leer no podría dejar de ser entonces el acto, siempre penúltimo, de la nueva (re)creación. Escribir, leer, están atravesados por una tensión escatológica. Ya, sí, todavía, no. Vivimos en los adverbios. En el presente y en el pasado (nos) falta la memoria del futuro.

Todo el resto, abrumador, es en efecto el vértigo abismal de la Caída.

El libro-monasterio

Debería ser así este libro que ahora comienzas a hojear, lector, un signo de *otro* tiempo. No se rige por las reglas de una época revolucionaria que no solo ha proscrito, sino que ha decretado que se avienten las cenizas de esa memoria que, a duras penas, sigue recibiendo el nombre de *humanidades* o incluso, como una catácrisis a la que se intenta insuflar una vida asistida, *humanismo cristiano*. Determinarse a hablar de memoria mantiene en pie, refractaria a toda potestad y dominación, una esperanza.

No basta con refugiarse serenamente en la conversación de los sabios y de los santos del pasado. En verdad su vida, cuya mejor autobiografía son las obras que han legado, trasciende la prisión de un *presentismo* que descarta todo aquello que no tiene a mano. Es preciso construir, mediante una voluntad segura de sus virtudes, las bases de una nueva creación que no se pierde por la senda de las utopías. Secretamente, casi oscuramente, sin recompensas inmediatas y aun entre burlas, cabrá aplicar sin desanimarse los conocimientos y las técnicas que una Tradición despreciada guarda como un instrumental precioso para roturar lo imprevisto que ofrece el futuro. El *Eclesiastés* lo había advertido: «En tiempo de

prosperidad disfruta, en tiempo de adversidad reflexiona: Dios ha creado estos dos contrarios para que el hombre no pueda averiguar su porvenir» (Ecl 7,14). Sin lamentos ni nostalgias, el nuestro es tiempo de reflexionar.

Entras, pues, en un libro como quien llama a las puertas de un monasterio. Adentro se supone que deberías encontrar silencio y soledad, entre el fragor de la batalla que contra los enemigos de su alma cada uno, a solas, autor y lector indistintamente, debe mantener sin desfallecer. Se deberán esforzar por alzar un plano sobre el sentido literal de su búsqueda. No pueden permitir que quede clausurada en sí misma. En fin, deben investigar los resquicios anagógicos por donde se cuelan los rayos de unas intuiciones nada más que entrevistas.

El libro-monasterio no puede construirse sino como una poética: una creación que es ensayo de sus propias condiciones de posibilidad. Su espacio simbólico no abre las puertas a una visita turística. No está dispuesto a guiar pasos arrastrados entre las ruinas ensoñadas que una sección despreciada de la teoría cultural quisiera mantener disecada. Se debe entrar en ella como en una realidad solo en apariencia abandonada.

Durante noventa años san Pablo el ermitaño, el primero de los monjes del Occidente latino, habitó una cueva oculta que había servido de antiguo taller de falsificación de moneda. San Jerónimo relata cómo, tras diversas tentaciones que le asediaron en el camino, san Antonio abad logró entrar dentro de aquel escondrijo «en puntas de pie y conteniendo la respiración»³.

Esa cueva que es jardín o ese paraíso que es sepulcro excavado en la roca bosquejan la figura oscura y silenciosa de este libro. También a tientas nos adentramos en él con el deseo de «finalmente ver a lo lejos una luz en medio del horror de la noche ciega»⁴. Si

³ S. Jerónimo, *Vita Pauli*, en Fernando Rivas, «La Vida de San Pablo, el primer ermitaño, de San Jerónimo», en *Cuadernos Monásticos* 115 (1995), p. 561.

⁴ Ib.

avanzamos cada vez más animados, aunque como a san Antonio se nos cierre la última estancia, podremos exclamar como en el *Cantar de los Cantares*: «He buscado y he hallado. Ahora llamo a la puerta para que me abran» (Ct 3,1). Más honda, ojalá el atisbo de esa luz se revele a quien logre traspasar el umbral al que dará fin el *aquí y ahora* de estas páginas.

La vida de un monje asume en su carne la lección paulina del Apóstol, «porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de las noches ni de las tinieblas. Así, pues, no nos entreguemos al sueño como los demás, sino estemos en vela y vivamos sobriamente» (1 Ts 5,5-6). Sin desfallecer, oremos y trabajemos. Troquemos la falsa moneda de *este* mundo en el banquete de la gloria, entrevista, de una *nueva* creación.

Como la idea misma de monasterio, la pretensión de este libro resultará inactual a los oídos nihilistas de nuestro tiempo; incluso, a su manera, reaccionaria. Sin embargo, a poco que se atienda bajo el rumor de sus líneas, se advertirá que, sobre todo, *recusa* en la acepción de cometer «el acto de rehusar hacer lo que una ley o un gobernante dice que debiera hacerse»⁵.

En el caso de este libro esa *recusación* adopta un doble sentido. No acepta ni admite que la imposición de una nueva jerarquía subvertida y degrade la nobleza del orden que ha decidido profesar, por más que haya sido irreversiblemente abolido. La defenderá contra toda (des)esperanza. Clama a su manera: *Non serviam*.

Al romper secretamente la disciplina férrea que la anomia reclama inflexible y libertina, ha asumido por descontado que tal fidelidad se paga, en el mejor de los casos, con el apartamiento de la plaza pública. Como descendiente lejano de los católicos ingleses del periodo isabelino que recibieron el nombre de *recusantes*, asume que el desierto en que se refugia no está afuera, sino en el corazón mismo de una ciudad que ha exiliado el consuelo de sus sueños.

⁵ <https://www.oxfordlearnersdictionaries.com/definition/english/recusancy?q=recusancy>.

Una pausa: la Belleza en la Caída

No es esta una obra anacrónica, ni tan siquiera se acoge al consuelo de la ucronía. Late en ella tal vez una furia cronoclasta que se dirige contra un tiempo que ha decidido cortar amarras con la eternidad. Ante la deriva insignificante de los espejismos reflejados en el panóptico de un almacén babélico de datos virtuales, solo puede oponer, una de tantas, la confianza humilde en el poder y en la autoridad de la Palabra que se vacía hasta el extremo de su riqueza. Como dice Hans Urs von Balthasar en el umbral de su *Epílogo*, «el discurso plenamente humano, que salvaguarda en sí tanto la imagen y forma sensible como la autodonación del corazón, puede penetrar en el centro del alumbramiento del ser»⁶.

Esta certeza querría evitar a toda costa malinterpretar la máxima de que la belleza salvará al mundo. A esa belleza solo se accede mediante un sacrificio —un holocausto de amor— que de tanto sufrimiento como viene infligiendo debe merecerse como una *gracia* inesperada.

Léon Bloy escribió en sus diarios: «En el estado de Caída, la Belleza es un monstruo». Poco después aclaraba: «La Caída es haber caído de la Eternidad»⁷. Simone Weil percibía semejante tensión cuarenta años después con una agudeza dolorosa y lúcida cuando anotó que «todo lo que tiene alguna relación con la belleza debe ser sustraído al curso del tiempo. La belleza es la eternidad en este mundo»⁸.

Si no fuese menos lícito terciar en este diálogo imaginario entre Bloy y Weil, cabría emborronar una glosa con la que avivar la chispa de estas dos citas rozadas entre sí, como si la monstruosidad de la Belleza en el estado de Caída radicase en la temporalidad de este

⁶ Hans Urs von Balthasar, *Epílogo*, Ediciones Encuentro, Madrid 1994, p. 78.

⁷ Léon Bloy, *Diarios*, Acantilado, Barcelona 2007, pp. 187 y 222.

⁸ Simone Weil, *A la espera de Dios*, Editorial Trotta, Madrid 2009, p. 106.

mundo que, aun redimido, se resiste ansioso a detener la inercia de su abismo sin fondo. Con melancolía airada, ¿acaso no desea, ebrio de su poder, borrar bajo los rasgos grotescos los residuos todavía operantes de una felicidad primigenia? Tal usurpación proporciona al actual programa de destrucción del orden tradicional de los saberes su furia paródica de lo Real Absoluto. De una manera contralacanianana, se trataría de contener la plenitud del goce en su término, más allá del cual nuestras sociedades se han precipitado a la extasiada y frustrante experiencia de la carencia de todo límite.

Por ello, a ninguno de los lectores que esta obra pudiera atraer debiera extrañarles que estas páginas brotan de un caudal cuyo origen es tan cercano como enigmático, tan paradójico como natural. Su autor pertenece a una generación que, nacida tras la aprobación del *Novus Ordo Missae*, se ha formado de una manera irremisible en el clima del posconcilio hasta alcanzar la madurez durante el pontificado de Benedicto XVI.

Nada nos hace añorar el pasado a esos pocos que, a pesar de vivir bajo la amenaza de una posible ruptura en la que crecimos, no hemos desistido de peregrinar dispersos, no desorientados. No se encontrará nada parecido a una nostalgia de *otra* forma en la construcción de esta poética. Es consciente de que el deseo de la renovación *litúrgica* y de la *continuidad* ininterrumpida de la tradición católica ya no puede ser separado de la *herida* que desde los años setenta hasta bien entrados los ochenta se grabó en la carne de nuestra imaginación.

Nuestra esperanza escatológica no fue inspirada en el *Réquiem* de Mozart, sino que se alimentó de escuchar *Blowin' in the wind* de Bob Dylan («Saber que vendrás, saber que estarás...»). El susurro de *The Sound of Silence* de Simon & Garfunkel fue la oración dominical nuestra de cada día... Como entonces, llegamos hoy también *después*.

Muy posiblemente los dos concilios Vaticanos fueron sendos intentos de la Iglesia católica para cerrar la conflictiva relación que ha mantenido con la Modernidad. Retracción sobre sus fundamentos o *aggiornamento* no son sino las dos caras de un cierre

en falso que parece empeñada en no admitir. El concilio Vaticano II simplemente constató que era imposible retroceder a Trento para reiniciar la andadura de una historia que había prescindido de Dios. Esperó una renovación y, en cambio, a despecho de sus detractores y de sus entusiastas extractores, incluso por las dinámicas furibundas que desencadenó, se ha convertido por ello mismo en un signo profético.

Medievo y Modernidad

Puestos a aventurarse por camino tan incierto, apenas podría objetarse que se recorra por las direcciones que ha marcado ese eón histórico de la Modernidad que no ha dejado de brillar y agonizar desde hace cinco siglos. Quien prosiga esta lectura advertirá que, como presupuesto implícito, no se reduce aquí su marco al periodo iniciado en el siglo XVI, sino que lo remonta hasta la aparición de la Escolástica en el siglo XIII.

La fundación de las universidades y el desarrollo de la vida urbana suponen el comienzo de una transformación radical histórica, como queda de manifiesto, por ejemplo, en el desarrollo de la polémica sobre las dos verdades. A fin de cuentas, la solución de compromiso de santo Tomás de Aquino la apuntala. Aunque la Iglesia católica jamás ha dejado de buscar el acuerdo de la filosofía y la teología, la ciencia ha pretendido alcanzar por sí misma la condición de único garante del conocimiento. Solamente el cumplimiento de su método aseguraría el éxito de sus resultados.

Primero, sus conclusiones resultarían tan válidas y universales como las que se hubieran alcanzado por la Revelación. No solo la fe sería racional, sino que la razón misma habría alcanzado el estatus que la haría merecedora del mismo crédito que la fe. Empieza entonces a urdirse el trayecto que conducirá a la decisión de matar a Dios.

Dado que la fe no puede proporcionar respuestas según los criterios que la ciencia se exige para verificar sus hipótesis, solo aquellas que, más o menos infructuosamente, las obedecen y que, por

En la actualidad se acusa a la organización social occidental de «tradicional» con la voluntad de descartarla. El imaginario de nuestra sociedad, y tres de sus figuras fundamentales —El Padre, el Maestro y el Monje— parecen haber entrado en crisis. Sin embargo, la tradición espiritual que triunfa en la Modernidad contiene una alternativa por explorar. Es justamente este hilo escondido el que intenta seguir, a lo largo de las partes de su libro, el autor Armando Pego.

El itinerario de formación que propone la poética de un «monasterio», a la que se refiere el título de este ensayo bellísimo y erudito, confía en que la transmisión de la vida y la creación se siga garantizando. *Poética del monasterio* reflexiona alrededor de los espacios fundamentales que constituyen el horizonte social y antropológico de las tres figuras referidas anteriormente: el hogar, la escuela y la celda, reivindicando una pedagogía humanista fundada en la pervivencia de los mitos clásicos de nuestra cultura.

POÉTICA DEL MONASTERIO



ISBN: 978-84-1339-120-5

